

< Capítulo 1 >

Mi destino quedó decidido en la selección del Imperio. Alabado sea Su Majestad Imperial.

Era el día en que completé la segunda prueba de selección. El director del orfanato se rió entre dientes y me dio una palmada en el hombro, con sus dedos hinchados y grasientos que delataban lo bien que se había alimentado a lo largo de los años.

«Vas a ser la obra maestra de nuestro orfanato, Luka».

A pesar de ser un cerdo codicioso, el director tenía buen ojo para el talento. Tres años más tarde, cuando cumplí quince años y me convertí en cadete de la Guardia Imperial, sus palabras se hicieron realidad.

El día que dejé los barrios bajos del sector inferior, me sometí a un bautismo de acero. Los científicos imperiales me amputaron las extremidades y las sustituyeron por prótesis cibernéticas, un lujo de brazos y piernas artificiales que la mayoría de los ciudadanos de clase baja nunca llegarían a ver.

Podía romper rocas o doblar acero con mis propias manos y saltar edificios de dos pisos de un solo salto.

«El Irregular del Orfanato 72».

La gente me llamaba así. Era raro que alguien de los orfanatos de dos dígitos alcanzara el nivel de la Guardia Imperial.





La mayoría de los cadetes de la Guardia Imperial proceden de orfanatos de un solo dígito o son descendientes de nobles.

Aun así, no había discriminación por clase social en la selección de cadetes para la Guardia....

Era simplemente una cuestión de capacidad.

Los que tenían mejores genes y se habían criado en entornos superiores, naturalmente mostraban habilidades superiores. Esa era la norma.

De vez en cuando, alguien como yo, un «irregular», desafiaba esa diferencia, pero en el panorama general, la existencia de irregulares como yo era insignificante.

«Los altos funcionarios pueden llamarte "irregular", pero ¿sabes cómo llaman realmente a las personas como tú?».



El comandante de la Guardia Imperial me miró desde arriba durante la entrevista y continuó sin esperar mi respuesta.

«... Te llaman genio. Alguien que desafía las limitaciones naturales y las condiciones adversas, creando resultados que se salen de la norma».

No sonreí ante el elogio.

«Solo soy un fiel servidor del Imperio y de Su Majestad».

Respondí, colocando mi mano sobre mi corazón.



«Una respuesta modélica, Luka».

Los bordes de los ojos del comandante brillaban con una luz azul helada. Se llamaba Hemillas Kusthoria, uno de los soldados más fuertes del Imperio.

«... Gracias, comandante».

De repente, me invadió una timidez repentina; me costaba mirar a los ojos al comandante de la Guardia Imperial.

«Está bien ser excepcional, pero no seas diferente. Si quieres vivir una vida larga, claro está».

Con ese consejo, la entrevista llegó a su fin.

* * *

Se me exigió que viviera en el Centro de Entrenamiento de la Guardia Imperial durante cuatro años. El primer año de vida como cadete pasó en un torbellino de entrenamiento implacable, tan intenso que apenas noté cómo pasaban los días. Cada mañana, abría los ojos en la cama del cuartel y comenzaba a entrenar; cada noche, cerraba los ojos con el cuerpo agotado, solo para descubrir que ya era de nuevo por la mañana.

Un guardia imperial tenía que dominar todas las habilidades de combate del Imperio y ser competente con todo el equipo militar. El manejo de la espada, la técnica de la lanza, la puntería... eran lo básico; nos entrenábamos para convertirnos en expertos en el manejo de todo tipo de armas y equipos pesados.





Cada trimestre, ponían a prueba la compatibilidad y los límites de nuestro sistema nervioso, sustituyendo mis prótesis de brazos y piernas por versiones de mayor calidad. Era un proceso gradual para aumentar la producción de energía, permitiendo que el sistema nervioso se adaptara a las extremidades cibernéticas de alto rendimiento. A través de esta serie de adaptaciones, acabaríamos ganándonos el derecho a manejar la Legión, la armadura de combate exclusiva de la Guardia Imperial.

«Hoy es un día importante para todos vosotros. Una especie de evaluación de mitad de curso».

El último día de nuestro primer año de entrenamiento, el comandante reunió a los cadetes en un coliseo subterráneo, un espacio inspirado en las antiguas ruinas de la Tierra.

Cuarenta cadetes, incluido yo mismo, permanecimos inmóviles, esperando a que el comandante hablara.



«Su Majestad el Emperador...», comenzó, señalando el cristal opaco del nivel superior. Nos informó de que el actual emperador, Yuri Accretia, y su familia estaban presentes detrás de él.

Algunos cadetes murmuraron en voz baja, como en oración, para alabar a Dino Accretia, el fundador del Imperio, el primer emperador, el padre de la nación, el guardián de la humanidad. Aunque el fundador del Imperio llevaba siglos muerto, seguía siendo venerado.

«... Bajo su atenta mirada, demostraréis vuestras habilidades».

Al otro lado del coliseo se encontraba un grupo de prisioneros condenados. Lucharíamos contra estos convictos armados condenados a muerte.



«Podéis elegir cualquier arma que queráis», dijo el comandante, señalando una pared en la que se exhibían diversas armas. Había espadas, lanzas y varias armas de fuego. Solo uno de nosotros optó por un arma de fuego. Eché un rápido vistazo al extraño que había elegido una pistola y luego desvié la mirada.

iZing!

Desenvainé una espada. La hoja era lisa, recubierta de una capa monomolecular capaz de cortar el acero.

Aunque un guardia imperial debía ser experto en todas las armas, las armas cuerpo a cuerpo, especialmente las espadas y las lanzas, eran las más apreciadas.

Las armas cuerpo a cuerpo eran poco prácticas en la batalla a menos que las manejara un luchador altamente cualificado. Para los soldados normales, las armas de fuego eran más eficaces.



Por esta razón, la Guardia Imperial se especializaba en armas cuerpo a cuerpo y se enorgullecía de poder derrotar a enemigos armados con armas de fuego utilizando solo espadas y lanzas.

iCreeeak!

Cinco convictos armados pisaron la arena gruesa de la arena desde el lado opuesto.

Pronto, cada cadete tomó su turno, dando un paso adelante para enfrentarse a los reclusos condenados.



Observé todos los duelos en la arena, esperando mi turno.

Ningún cadete había muerto, pero incluso cuando lograban ejecutar a sus oponentes, algunos terminaban con heridas graves. A menudo, la culpa era de la falta de habilidad.

En poco tiempo, se acercó mi turno. Me fijé en el cadete que iba delante de mí, el que había elegido un arma de fuego.

«¿Así que piensas usar un arma? Si tienes confianza, está bien», comentó el comandante, mirando al inusual cadete con el arma de fuego.

Después de un año de entrenamiento juntos, conocía las habilidades de este cadete armado. Aunque había elegido un arma, no era un cobarde, sino que tenía una destreza excepcional.



El cadete armado entró en la arena.

¡Bang!

El disparo resonó. Si había elegido un arma, tenía que haber una razón. Con una habilidad casi sobrenatural, se movía con fluidez, como si estuviera bailando, mientras disparaba.

¡Clang!

Sin mirar, disparó e interceptó una bala disparada por uno de los convictos. No fue suerte, sino precisión calculada, una técnica que le permitía desviar balas con balas.



«Ah, como era de esperar...».

«Como era de esperar de la Casa Carthica».

Los cadetes murmuraron con admiración por el pistolero.

En poco tiempo, se encontró cara a cara con los convictos. Los prisioneros, ahora desmoralizados, apretaban el gatillo en vano. Hacía tiempo que se habían quedado sin munición.

Impresionante. Había demostrado la diferencia de habilidad, sometiendo a los condenados con facilidad.

¡Bang!

Pegó el arma directamente a la frente del convicto y disparó. Era prácticamente una ejecución a quemarropa, similar al uso de una bayoneta, aunque en realidad era un método más difícil.

Clap, clap, clap.

Los aplausos resonaron más allá del cristal opaco. Inclinando la cabeza y doblando la cintura, el cadete armado causó una impresión duradera en el Emperador.

Si se iba a utilizar un arma, se requería ese nivel de habilidad. Su actuación no dejaba lugar a dudas sobre sus capacidades.





«Qué mala suerte, Luka. Es inevitable que se hagan comparaciones», dijo el comandante con una sonrisa burlona. Una oleada de rebeldía rugió dentro de mí. Aunque odiaba admitirlo, mi temperamento distaba mucho de ser apacible.

«Ya veremos quién tiene realmente mala suerte», respondí, dándome cuenta de que quizá me había pasado de la raya. Miré al comandante, pero él solo se encogió de hombros y se echó a reír.

Clic.

Cuando entré en la arena, la puerta se cerró, sellando cualquier vía de escape.

O morían todos los condenados, o moría yo. Solo había dos resultados posibles.

Zing.

Levanté la espada hasta mi cara. El zumbido de la hoja era inquietantemente agudo.

«Las balas se pueden manejar. Puedo desviarlas o esquivarlas».

Era una competencia básica para un guardia imperial. Pero para nosotros, los cadetes, estaba lejos de estar garantizado, como lo demostraba un compañero que resultó herido en esta prueba.

Lo que necesitaba en ese momento era una concentración sobrehumana. Mediante la administración de medicamentos especiales y múltiples procedimientos quirúrgicos, nuestro sistema nervioso había sido mejorado químicamente. Había efectos secundarios menores, pero nos permitía





alcanzar un estado artificial de concentración elevada, manteniendo un proceso de pensamiento acelerado similar al de los momentos previos a la muerte.

«En el entrenamiento de simulación, logré desviar balas varias veces seguidas. Mis habilidades son suficientes».

Pero ser capaz de hacerlo nueve de cada diez veces no era suficiente. En la realidad, un solo fallo podía significar la muerte. Solo una tasa de éxito perfecta haría que esta habilidad fuera fiable en combate real.

«Jadeo... jadeo...».

Los cinco convictos salieron a la arena, respirando con dificultad. Parecían aterrorizados, mirando con recelo al joven cadete que tenían delante.

Era la presión de enfrentarse a un miembro de la Guardia Imperial. Aunque yo solo fuera un cadete, el nombre de la Guardia los desmoralizaba.

Clic, clic.

Los convictos me observaban, con las armas en la mano. Durante un momento, nos quedamos en un punto muerto, sin que ninguno de los dos bandos se moviera.

Los examiné de cerca. Sus cuerpos estaban remendados con aumentos cibernéticos baratos, cuya funcionalidad era cuestionable. Sus extremidades estaban modificadas ilegalmente y eran asimétricas, lo que dejaba a algunos de ellos desequilibrados y desproporcionados.





Apenas cumplían con los estándares más básicos. Si estuvieran desarmados, podría matarlos a todos con los ojos cerrados.

Pero tenían armas. Una bala afortunada en la cabeza o en una zona vital y estaría muerto. La complacencia sería fatal.

Swish.

Me mantuve firme, concentrándome en lo que tenía delante. Mientras evaluaba el campo de batalla, mi mente pasó a la aceleración del pensamiento centrada en el combate que se me había inculcado profundamente durante el entrenamiento.

El patrón de fuego cruzado de los cinco convictos formó varios escenarios posibles en mi cabeza. Al superponer estos patrones de fuego, se reveló un camino seguro, una ruta que podía aprovechar.



Por supuesto, solo era una predicción. Si avanzaba y me alcanzaban, pagaría el precio por mi falta de habilidad.

«Por ahora, solo tengo que confiar en mis instintos y seguir adelante».

En una fracción de segundo, tomé una decisión. Di una patada al suelo y, como si fuera una señal, estalló el fuego.

Con mis piernas protésicas de alto rendimiento, podía correr más rápido que un vehículo en distancias cortas.

iBang!



Me agaché. Una bala pasó rozándome, tan cerca que casi me rozaba el pelo. Sentí un escalofrío. La muerte se acercaba a mí.

Pero la emoción del éxito superó cualquier miedo. En ese momento, debí de estar sonriendo.

¡Bang!

Se escucharon más disparos. Giré mi cuerpo y cambié bruscamente de dirección. La parada repentina ejerció presión sobre mi tobillo izquierdo, provocando un crujido. Pude escuchar el sonido de algunos componentes desplazándose de su lugar.

«Por ahora no tengo tiempo para cuestiones menores».

Solo tenía que seguir moviéndome durante diez segundos más.

¡Pum!

Deslizándome para cambiar mi impulso, empujé el suelo con las yemas de los dedos y salté hacia adelante, sin perder apenas velocidad.

Me acerqué al convicto más alejado a la derecha. A partir de ahí, estaba al alcance de mi espada. Mi territorio.

Mi brazo se movió y la hoja trazó su trayectoria.

¡Corté!





El convicto ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Su cabeza se desprendió con un corte limpio, y su boca se abrió y cerró como la de un pez que jadea.

Bien, uno menos. Mi sistema hormonal estaba preparado para el combate, por lo que la culpa por matar era leve y se disipó tan rápido como llegó.

Eché un vistazo a mi alrededor. Usar el cuerpo del convicto que acababa de matar como escudo me facilitaría acabar con los enemigos restantes.

«Pero este es un lugar para demostrar mi habilidad».

Sobrevivir no era el objetivo: necesitaba llamar la atención del Emperador. Recordé la imagen del cadete haciendo trucos con su arma.

«¿Podría hacer algo similar?».

Nunca lo había intentado antes, pero en ese momento me pareció posible.

Mis sentidos se agudizaron al máximo. Como si la niebla se hubiera disipado, mi conciencia ampliada me permitía ver mi entorno en tres dimensiones, como un mapa de radar. Podía predecir la posición y los movimientos de cada enemigo incluso con los ojos cerrados. Las trayectorias de sus disparos se me aparecían como innumerables líneas.

El tiempo parecía estirarse infinitamente.

Incliné mi espada hacia delante y la incliné ligeramente.

¡Ting!





Una bala golpeó la hoja y se desvió hacia un lado.

«¡Aaagh!».

Un grito resonó cuando la bala desviada atravesó el ojo de otro convicto. El convicto que gritaba se derrumbó en el suelo poco después.

«Lo conseguí».

Pero no había tiempo para celebrarlo. Inmediatamente se produjo una lluvia de disparos.

¡Ting! ¡Tiiing!

Incliné mi espada repetidamente, desviando las balas una tras otra. Cada bala desviada cambiaba de trayectoria y se incrustaba en los cuerpos de los convictos.

¡Zas!

Mi brazo se movía tan rápido que parecía dejar imágenes residuales. Las chispas centelleaban en mi articulación del codo sobrecargada y mis ojos inestables parecían estar resquebrajándose.

Una leve sonrisa se dibujó en mi rostro. Había superado mis límites. Mi valor estaba aumentando.

«Pero este cansancio neural es severo».





Mi concentración se estaba agotando y sentía que mi campo de visión se estrechaba. Después de la batalla de hoy, necesitaría uno o dos días completos de sueño para recuperarme.

«Huff...».

Solo el sonido de mi respiración entrecortada llenaba la silenciosa arena. Yo era el único que quedaba en pie. Los convictos yacían esparcidos a mi alrededor, cada uno con agujeros de bala en la cabeza.

Estaba al borde del colapso, pero me obligué a reprimir el cansancio.

Clap, clap, clap.

Se oyeron aplausos desde arriba y me incliné en señal de reconocimiento formal hacia el emperador invisible.



Crujido.

La puerta se abrió y volví al lugar donde me esperaban el capitán de la guardia y mis compañeros cadetes.

«Las técnicas de control de la trayectoria balística aún no forman parte del plan de estudios de los cadetes, ¿verdad?», comentó el comandante, mirándome. Hasta ese momento, no sabía que esta técnica tuviera siquiera un nombre.

«Solo... copié lo que hizo el cadete anterior», respondí con sinceridad. No había motivo para ocultarlo y, además, estaba ansioso por terminar de hablar



y descansar. Sentía que podía desplomarme en cualquier momento. No era una exageración.

«Ilay Carthica proviene de una familia renombrada. Ya le habían enseñado el plan de estudios por adelantado. Es diferente a un niño huérfano como tú que utiliza el control balístico».

No sabía cómo responder. La modestia excesiva no quedaría bien, pero tampoco la arrogancia. Era uno de esos momentos en los que se requería diplomacia, una de mis habilidades más débiles.

—Yo...

Antes de que pudiera terminar, el comandante me dio una palmada en el hombro.

—No te estoy interrogando, es un elogio. Ahora ve a descansar. Y no te olvides de reparar tus prótesis.

Bajo la mirada de los demás cadetes, salí cojeando al pasillo. A esas alturas, mi andar se había convertido en un tambaleo. Parecía que mi pierna protésica izquierda estaba completamente destrozada.

